

CAPÍTULO 1

Madrid, primavera de 1877

—**H**emos llegado, señor —dijo el cochero que tras bajar del pescante golpeó con los nudillos el cristal de la portezuela de su elegante hansom inglés.

El pasajero, por su parte, parecía perdido en sus propios pensamientos.

—¿Señor? —repitió—. Número cuatro de la calle de los Lucientes.

—¿Cómo? —repuso el caballero que parecía volver en sí.

—Hemos llegado a la dirección que me ha dado usted. Calle de los Lucientes cuatro.

—Ah, sí, sí, perdone. Estaba distraído. Tome —dijo el desconocido, tendiendo unas monedas al cochero a la vez que bajaba del carruaje que en apenas un momento rodó calle abajo, dejándole, quieto, frente al portal y mirando los desgastados adoquines del piso. Había vuelto a casa y se hallaba perdido, pensó para sí Víctor Ros. Otra vez se hallaba en Madrid, donde todo comenzó y se sentía igual que el día de su llegada desde Extremadura con su madre. Se estremecía como entonces, sintiéndose extraño, asustado, y perdido, así que se armó de valor para entrar en la casa donde su mentor yacía recibiendo el último adiós de sus amigos, compañeros y familiares. Don Armando había fallecido.

Antes de entrar en aquella vivienda de la calle de los Lucientes, el joven investigador se sintió invadido por una oleada de pesar y profundo desánimo. Se sentía triste por la muerte de aquel amigo, don Armando Martínez, sargento de policía, la persona a quien debía todo lo que tenía ahora. El bueno del sargento Martínez había sabido entrever las cualidades ideales del sabueso en un mugriento raterillo de dieciocho años al que supo hacer ver que el

camino recto era duro pero más digno y, sobre todo, seguro. Por eso seguía vivo y libre a los veintisiete mientras que la mayoría de sus compinches de aquella época de delincuente estaban muertos, fugados o presos.

Víctor Ros llegó a Madrid junto a su madre, como tantos emigrantes extremeños, para huir del hambre. Su padre había muerto de tuberculosis y su madre, Ignacia, consideró que podría ganarse la vida con más facilidad en el moderno Madrid que aparecía a ojos de aquellos desgraciados como la Tierra Prometida, el lugar donde el maná caía del cielo y los reales se encontraban a puñados por las calles esperando ser recogidos por los más listos y audaces.

El sueño resultó ser eso, una quimera, y en seguida, el joven de catorce años y su madre se vieron malviviendo en un minúsculo habitáculo, una buhardilla de la calle Lechuga de las que llamaban «cochiqueras» y por la que pagaban una renta a todas luces excesiva. El edificio era de cinco alturas, pues Madrid se desarrollaba «hacia arriba». La mayoría de los inmuebles del barrio que vio crecer a Víctor eran así, demasiado altos para un crío de provincias, una manera de obtener el máximo beneficio a un terreno que comenzaba a escasear en la zona. Muchos burgueses se dedicaban a la compra o construcción de edificios que luego alquilaban por pisos para vivir de las rentas. Desde el primer momento, Ignacia y su hijo comprobaron que en La Latina existía una segregación social que no se daba por calles o sectores, sino por alturas, por pisos. Así, en su pequeño edificio, el bajo y el entresuelo estaban ocupados por un comerciante de telas, Salustiano. En el principal, que equivalía a una segunda altura, vivía el casero, don Braulio. Dicha vivienda era siempre la más cotizada de los inmuebles y se accedía a ella incluso por una escalera independiente y más amplia que la que daba acceso al resto de los pisos, ocupados tanto el primero como el segundo por familias humildes. El tercero, o sea, la buhardilla, sólo tenía una habitación y una pequeña cocina. Allí creció Víctor acurrucándose junto a su madre en las frías noches de invierno. Una y otra vez se veían obligados a hacer auténticos equilibrios para llegar a final de mes y conseguir pagar la deuda de la tienda de ultramarinos de doña Julia. Además, los sueldos de la capital resultaron ser aún más míseros que los de la lejana y deprimida Extremadura, por lo que doña

Ignacia se veía forzada a hacer jornadas de hasta dieciocho horas en el taller de confección de doña Prudencia, una vieja arpía y tacaña que explotaba a sus costureras sin un solo atisbo de humanidad. El hecho de que Ignacia pasara tantas horas fuera de casa favoreció que el pequeño Víctor se hallara libre para hacer novillos al principio y para, más tarde, comenzar a frecuentar amistades poco aconsejables.

Poco tardó aquel rapaz en comprobar lo sencillo que era hacerse con un dinero fácil colaborando con los pilluelos del barrio en sus continuas fechorías, por lo que en apenas un par de años duplicó los ingresos de su madre.

Ora sisando una cartera a un turista, ora timando a un palurdo y las más de las veces tirando de navaja y aliviando el bolsillo a algún honrado transeúnte, acompañado de dos o tres de sus compinches, Víctor supo abrirse camino en el duro mundo de la capital.

Como cabía esperar, el joven no tardó en visitar las comisarías de Madrid, aunque, bien por su edad, bien por lo insignificante de sus delitos, evitó acabar en la cárcel y pudo salir de aquellas aventuras con alguna que otra paliza recibida en los calabozos, propinada por los agentes de la ley.

Lejos de amedrentarse, Víctor exhibía aquellos moratones, cicatrices y marcas como el que muestra una herida de guerra, lo que le hacía saberse temido por la vecindad y verse reconocido entre sus iguales en el mundo de los bajos fondos. Sus conocidos se apiadaban en los corrillos de la pobre doña Ignacia, quien sufría en silencio las correrías de su hijo, al que intentaba, sin éxito, llevar por el buen camino. Una cosa era cierta, y es que el joven Víctor mostraba un cierto «talento natural», un sexto sentido o una gran capacidad de observación que le hacían saber cuándo un golpe era «ful» o cuándo se acercaba la «pestañí». Intuición. Era listo, muy listo, y rara vez renunciaba a un negocio que no resultara un fiasco. Por eso eran muchos los chavales más jóvenes que se le arrimaban y seguían sus pasos, lo cual aumentaba el prestigio y el poder que en el barrio ostentaba Víctor «el Extremeño».

Y ocurrió que, cuando Víctor cumplió los dieciocho, el joven ratero fue detenido por robar el monedero a una dama junto a la Puerta del Sol; esta dama resultó ser una policía.

El buscón era listo, así que, al no oler a ningún agente en las inmediaciones y tras comprobar que la víctima parecía distraída eligiendo unas flores en un tenderete, decidió actuar y sustraer el monedero del bolso de mano de la ingenua joven.

En el momento en que los ágiles dedos de Víctor se hacían con el ansiado tesoro, notó que unas manos rudas y fuertes le sujetaban ambos brazos por detrás.

—¡Has caído, pardillo! —dijo una voz varonil tras él.

Víctor volvió la cabeza lo poco que pudo y comprobó que lo sujetaba un enorme y bigotudo individuo con traje de mil rayas, a quien acompañaban dos agentes uniformados. Olía a loción de afeitar y a tabaco. ¿De dónde había salido aquel energúmeno?

Víctor escupió al agente de paisano y gruñó:

—¡Piérdete, gorila!

Un porrazo de uno de los guardias le hizo perder el sentido.

Despertó sobresaltado. No sabía dónde estaba. La débil luz de una lámpara de gas le hizo sentirse invadido por una desagradable sensación de irrealidad.

—Mira, la marmota se ha despertado —dijo una voz a su derecha.

Gimió al notar un insoportable dolor en la nuca.

—Te han atizado fuerte —comentó un gitano de aspecto avieso y amenazador.

—¿Dónde estoy? —preguntó medio aturdido el joven raterillo.

—En los calabozos de Sol —contestó un hombre algo orondo, moreno y de pobladas patillas que acompañaba al gitano—. Me temo que te han pillado con las manos en la masa.

Víctor recordó el incidente con los guardias y el monedero de aquella incauta. Tenía un bulto en el lugar del golpe que le impedía mover el cuello sin sentir que le clavaban mil agujas en la cabeza.

El grandullón le acercó un botijo que había en un rincón de la celda y Víctor bebió un trago de agua para calmar la sed y librarse de la horrible sequedad que sentía en la boca.

—Me llaman Víctor «el Extremeño».

—García —dijo el gordo.

—Yo soy Francisco Heredia —añadió el gitano—. Carterista, ¿no?

—Yo soy inocente —dijo el joven a la vez que una mirada brillante y maligna, cargada de furia, fulgía en sus hermosos ojos verdes.

—Ozú con el gashó —dijo el gitano—. Aquí todos somos inocentes. ¡Las hermanitas de la caridad!

El gordo soltó una sonora risotada.

—Sí, eso, inocentes. Ni yo vivo de mis putas, ni aquí el Heredia trafica con quincalla robada. Ja, ja, ja...

—¡Callad! —gritó Víctor.

—No te preocupes hijo —lo calmó el orondo García—. Aquí todo el mundo es inocente hasta que lo trabajan un poco en la sala de interrogatorios. ¿Quién está hoy de guardia, Heredia?

—El sargento Martínez.

—¡Rediós! —gritó el otro llevándose las manos a la cabeza—. ¡El Molinillo!

—¿El Molinillo? —preguntó Víctor algo asustado ante la reacción del curtido proxeneta.

El gitano tomó la palabra:

—Sí, le llaman así porque hace cantar al más templao. Tiene una facilidad para soltar guantazos que es algo impresionante, un don. Mira, zagal, empieza a darte así, primero con una mano, luego con la otra, con la derecha, la izquierda, la derecha y te pone hecho un ecce-homo —explicó el preso haciendo girar los brazos como las aspas de un molino de viento, en un ademán que, según pensó Víctor, le hubiera parecido gracioso de haberse encontrado en otras circunstancias.

—¡Como un molinillo! —terció García—. No he visto cosa igual. Te larga una ensalada de hostias en menos que dura un Padre Nuestro. No hay quien se le resista. Es una mala bestia.

—Sí, chaval —reafirmó el gitano—, así es. Si aceptas un consejo, te diré que contestes con educación a sus preguntas y que le digas lo que quiera saber.

—¡A mí no me da miedo ese hijo de puta! —declaró Víctor con aire resuelto.

Heredia, el traficante de quincalla, se lanzó hacia el joven como una fiera y lo asió por el cuello con violencia. De no ser por la intervención de García, lo hubiera estrangulado allí mismo.

—Pero ¿qué carajo te pasa? —repuso Víctor frotando su maltrecho cuello a la altura de la nuez. Había perdido el resuello.

—¡Nadie habla así de don Armando en mi presencia! ¡Es el padrino de uno de mis hijos!

—¿De cuál? —dijo el chulo de García con retintín—. ¿Del que hace el número veinte?

—No señó, del octavo, er Miguelín.

—¿Has hecho a un policía el padrino de tu hijo? —preguntó Víctor incrédulo.

—Pues claro, don Armando es un hombre hecho y derecho.

—Pero si acabas de decir que os da unas palizas tremebundas.

—Él hace su trabajo —repuso García—. Y nosotros el nuestro. Pero, fuera de aquí, es hombre con el que da gusto echar unos vinos.

—Además, cuando nos zurra es porque nos han pillao de lleno en algún negocio de los nuestros —dijo el gitano con resolución.

—Estáis como cabras —contestó Víctor buscando refugio sobre el banco más alejado de la luz de la lámpara. No podía creerlo. Qué idiotas. Buscó un poco de soledad. No le agradaban aquel par de locos.

Debió de quedarse dormido porque, cuando fueron a buscarlo, hacía mucho frío en la celda. Calculó que debía ser de madrugada. No había ni rastro de sus compañeros de cautiverio.

—Vamos, don Armando quiere verte —dijo un guardia de enormes bigotes y fiero aspecto.

Víctor, con la chulería que caracteriza a la gente de su ralea, se abrochó los botones del chaleco, tomó su chaqueta al hombro y salió de la celda caminando como si fuera un almirante. Le sorprendió que no lo llevaran a un sórdido y escondido calabozo, sino que lo instalaron en un coqueto y cómodo despacho del primer piso.

—Siéntate aquí y espera —ordenó el guardia—. Ahora vendrá don Armando.

Por un momento, tras quedar a solas, el joven raterillo barajó la posibilidad de escapar, pero la ventana que iluminaba el cuarto se

hallaba protegida por una inexpugnable reja de sólido y repujado hierro.

—Qué, ¿pensando en huir? —oyó un sonoro vozarrón detrás de sí. Se volvió y comprobó que en mitad de la puerta había aparecido una figura imponente, un individuo corpulento con un uniforme oscuro, un tipo que al parecer le leía el pensamiento.

—Estamos en un primer piso, zagal. Además, esas rejas son fuertes y resistentes.

El sargento pasó junto a él y se sentó. Los dorados botones de la guerrera brillaban a la luz de un quinqué que mal iluminaba la mesa del despacho. Víctor echó un vistazo y tomó con curiosidad un volumen encuadernado en lujosa piel con ribetes dorados.

Leyó el título en silencio.

—Deja eso, hijo, no es para ti —dijo el sargento mirando al joven con sus inquisidores ojos negros. Su cara era grande y rubicunda, y sus cejas, erizadas, negras y pobladas, como las de un inmenso búho, llamaban la atención.

—¿La *Odisea* no es para mí? —replicó Víctor con fastidio.

—Vaya —contestó el sargento sorprendido—. Un raterillo que sabe leer...

—¿Tanto le sorprende que un emigrante extremeño conozca las andanzas de Ulises?

El sargento estalló en una estruendosa carcajada.

—Vaya, vaya con el joven Víctor Ros, pensaba que sólo habías leído el título. O sea que, además de no ser analfabeto, debemos sumar a ello que eres un joven leído, ¿no?

—Mi tía Encarna me enseñó, es maestra en el Valle del Jerte.

—Bonito lugar —dijo el policía.

—¿Lo conoce? —preguntó Víctor, dándose cuenta de que el hábil sargento lo había encarrilado hacia una conversación amable y cordial que él no esperaba. Desconfió al instante.

—Sí, estuve allí una vez. De joven.

—¿Qué pretende? —preguntó el chico con recelo—. ¿Cuándo vienen los sopapos?

—¿Cómo? No entiendo...

—Sí, hombre —dijo Víctor con tono chulesco—. Quiero decir que toda esta amabilidad suya me parece algo ficticio. Es evidente

que pronto llegarán los trompazos. Y sepa que no le tengo miedo.

—¡Esto es el acabóse! —se asombró el sargento soltando otra sonora carcajada—. ¡«Fingida amabilidad»! ¡«Ficticio»! ¡Un raterillo que habla como un académico de la Lengua! ¡Qué barbaridad!

—¿Qué pasa? ¿Por qué no puede un extremeño como yo haber leído la *Odisea* y sí en cambio un advenedizo murciano como usted?

—Ja, ja, ja —rió más divertido aún el severo policía—. ¿Cómo sabes que soy murciano? ¡Si llevo más de cuarenta años en Madrid! ¡Eres el no va más, chaval!

—Es evidente que ese acento madrileño suyo es fingido, se le nota en las «eses» de algunas palabras como «habías» o «además». Por otra parte, la palabra zagal es típica de tierras murcianas.

El curtido sargento se quedó boquiabierto mirando a aquel petimetre de barrio. Entonces añadió como el que pone a alguien a prueba:

—Vaya. Sí que estás informado. ¿Estoy casado Extremeño?

—Sí y hace bastantes años. Lo sé porque su anillo parece gastado y, por supuesto, por su edad. Tiene nietos —dijo mirando una fotografía de tres niños pequeños que había sobre la mesa—. Y debería pensar en dejar el tabaco.

—Eso me dijo el médico, sí. Pero ¿cómo lo has...?

—Sus dedos índice y medio están amarillos de sujetar los cigarillos y el borde de su bigote también amarillea. Además, su voz es muy ronca. Demasiado «fumeque», don Armando.

El sargento volvió a reír divertido. Entonces, abrió la carpetilla de cartulina que contenía el informe del joven y con un tono más serio dijo, leyendo por encima:

—Es una pena, joven Víctor, que te dediques a delinquir en lugar de estar del lado de la ley. Serías un excelente policía. Aunque has estado detenido pocas veces, tienes aquí un expediente bastante completito, me resultas conocido. Además, te diré que somos casi vecinos y conozco algo sobre tus correrías. Mis compañeros han ido elaborando un buen informe sobre ti y debo reconocer que no pareces un raterillo de los de a pie, uno del montón.

—Procuro no serlo —contestó el joven muy seguro de sí mismo.

—Ya, claro. Tú aspiras a más.

—Usted lo ha dicho —repuso el joven con chulería—. No pienso trabajar de sol a sol por cuatro perras. Robando se hace uno rico en poco tiempo.

—Y vivirás a lo grande.

—Exacto. Como la gente pudiente.

—Eso, eso, y a ti nunca te trincarán, ¿no es así?

El joven asintió.

—En efecto, yo no soy como todos esos tontos que pululan por las calles.

—Pues de momento, que yo sepa, te hemos pillado con las manos en la masa, ¿no?

Víctor quedó por un momento desconcertado, sin saber qué decir, pero enseguida su carácter resuelto y atrevido le llevó a protestar:

—¡Ustedes me han tendido una trampa infame! ¡Utilizar a una mujer! Eso es de chulos.

—Emilia. Es una eficaz mecanógrafa. Trabaja aquí mismo por horas, en el Ministerio de Gobernación, con el comisario Ruiz Funes, es su sobrina. Aunque haríamos bien en incorporar mujeres al cuerpo, la policía de Londres lo ha hecho y debo decir que con excelentes resultados. De hecho, tú caíste como un pardillo. Pero volvamos a lo que nos ocupa. De momento la has pringado, luego quizá no seas tan listo, ¿no te parece? Esto puede costarte un mínimo de cinco años.

Víctor miró hacia abajo por un momento.

El veterano policía, atisbando un momento de debilidad en el joven, añadió:

—Según se lee en este informe tienes madre, ¿no? Costurera. ¿Sabe ella...?

—¡No la meta en esto!

—No le va a hacer gracia cuando se entere de que vas al penal. Es más que probable que la mates del disgusto; lo sabes, ¿no? Dios sabe dónde estará la pobre dentro de cinco años. ¿Está bien de salud?

—No —dijo el chico con un sollozo y echándose las manos a la cara.

Don Armando se levantó y sacó un reluciente reloj de su bolsillo. Miró la hora y encendió un cigarro. Lo hizo con pausa, en un

estudiado gesto que le había dado resultado en miles de ocasiones y con tipos mucho más duros que aquel.

—No llores, nene —dijo tendiendo un pañuelo al duro chaval de la calle—. Es de bien nacidos querer a una madre. Tienes buenos sentimientos y eso te honra. Dices que tu madre es costurera, ¿no?

—Sí —asintió sorbiéndose los mocos—. Está casi ciega, pero sigue trabajando.

—Y tú querías acabar con eso, ¿no? Así empiezan muchos.

El chico asintió. A don Armando le agradaba aquel crío. Era ya casi un hombre, de estatura media, rostro agraciado y hermosos ojos verdes. Tenía la tez morena y el cabello lacio y castaño. Ceñía el chaleco a su estilizado talle al estilo de los chulos de Chamberí y llevaba los pantalones muy bien planchados, mucho para ser de La Latina. Parecía un maniquí.

—¿Lees mucho, hijo?

El otro asintió.

—¿Y qué lees? ¿Qué te gusta?

—No sé. A los clásicos: Calderón, Lope, Quevedo, algo a Voltaire, Feijoo y la prensa, claro. Vamos, lo que pillo por ahí.

—¿Y los libros, de dónde los sacas?

El joven miró al policía como se mira al que ha dicho una estupidez y contestó:

—De la Biblioteca.

El sargento rió divertido. Hizo otra pausa.

—Mira, hijo —dijo muy serio—. Lo tienes mal, muy mal, pero puedo plantearte dos alternativas. La primera, ya la conoces. Te bajamos a los calabozos, donde los interrogatorios, y te trabajan un rato. Lógicamente, si nos metemos en faena no es para condenarte por un simple monedero. Ya que estamos en ello, tendríamos que averiguar qué te remuerde la conciencia. Me da la sensación de que debes de tener muchas cuentas pendientes por ahí. Por citar un ejemplo: el robo a la vieja en la plaza de la Cruz Verde, el asalto al estanco de doña Matilda en Leganés o el robo con escalo en la calle Ángeles. —Al oír todo eso, el joven levantó la cabeza sorprendido—. No, hijo. No te sorprendas. Es nuestro trabajo. La gente habla más de lo que tú te imaginas. Con tu segura confesión te auguro más de

veinte años de condena. Por supuesto, nos encargaríamos de llevarte al juzgado cuando estuviera de guardia don Roberto Meseguer. Es un reaccionario. Sólo te diré que lo echaron del partido conservador por duro e intransigente. Si pudiera, daría garrote a todos los raterillos de Madrid. Unos desalmados le deshonraron a una hija, ¿sabes? No quieras saber qué fue de aquellos dos desgraciados. En fin, que con esa opción, despídete de volver a ver a tu madre con vida.

Don Armando volvió a hacer una larga pausa.

—¿Y la otra opción? —dijo el joven semiparalizado por el miedo.

—Ah, la otra opción. Sí, sí... Por cierto, ¿has leído a Lord Byron?

—No. No sé quién es.

—Delicioso. En ocasiones, claro. —El sargento expulsó el humo del cigarro y añadió—: La otra opción es una apuesta personal mía, digamos que te vas a tu casa.

Víctor enarcó las cejas y abrió la boca con asombro. El sargento continuó hablando.

—Te vas a casa y no vuelvo a oír hablar de ti en lo que te queda de vida. ¿Se entiende?

El raterillo asintió.

—Y el lunes a las cinco, te espero en mi domicilio. En la calle de los Lucientes. Tenemos que hablar.

Hubo un silencio.

—De acuerdo. Me quedo con la segunda opción —se apresuró a decir el joven.

—Espera, espera. No corras tanto. Medítalo esta noche en el calabozo. Como comprenderás, tengo que hablar con algunas personas antes de poder soltarte así como así.

—Sí, lo entiendo.

Entonces el sargento pulsó un ruidoso timbre que había sobre la mesa y dijo:

—Ahora, medita chaval, medita. Mañana por la mañana veremos qué camino eliges. ¡Padilla, baje al preso!

Don Armando Martínez salió del despacho y caminó a lo largo del estrecho pasillo. Bajó una angosta escalera y tras abrir una chirriante puerta, accedió a una cómoda estancia donde los guardias descansaban en las largas noches de invierno al calor del brasero.

Dos damas que aguardaban sentadas en la mesa camilla se levantaron al unísono al ver entrar al corpulento policía.

—Hola, cariño —dijo el sargento besando a una de ellas para dirigirse de inmediato a la otra, más avejentada y macilenta. El severo policía la miró compasivo y añadió—: Y usted, doña Ignacia, no se preocupe más. Su hijo no volverá a delinquir, se lo aseguro. Es cosa mía.

Aquella honrada mujer rompió en sollozos. Flaca, con una humilde toquilla sobre los hombros y casi ciega por coser horas y horas en el mal iluminado taller de costura, tomó las manos de don Armando y, tras besárselas, se deshizo en bendiciones para con el curtido sargento y su familia. La madre de Víctor era la viva imagen de la gratitud. No podía dejar de llorar.